

treinta fuera de combate: los diez restantes se retiraron entonces al cuartel del General Díaz. Este, desde que comenzó el ataque, sorprendido de una agresión que violaba pactos anteriores, pero indignado por un hecho que no honraba al invasor, se aprontó á sostenerse en su puesto, si era atacado en él, dando rápidamente parte de lo acontecido al General Zaragoza que se encontraba en Orizaba.

El General en Jefe del ejército de Oriente y el General Prim, que estaba á su lado, no podían creer aquel injustificable atropello del derecho de la guerra, ni que los franceses comenzaran las hostilidades ántes de pasar del Chiquihuite, como se había estipulado en los preliminares de la Soledad.

Zaragoza en el acto que recibió el parte de que eran atacadas las posiciones del General Díaz, montó á caballo y se lanzó al llano de Escamela á donde llegó pronto, escuchando las detonaciones y presenciando las disposiciones tomadas por el General Díaz.

Un escuadron, lanceros de Oaxaca, entorpecía el avance de los franceses, y Porfirio tomó en aquellos momentos el mando de la gran guardia que estaba situada en el llano de Escamela y avanzó sobre los franceses para estorbarles el paso. Zaragoza entre tanto movió toda la División y sus trenes, retirándola de la manera más ordenada, confiando en que el General Díaz cubría su retirada.

Pero no era ya sólo la columna de cuatrocientos franceses la que avanzaba sobre las posiciones mexicanas, sino todo el Ejército invasor que marchaba sobre Orizaba, encubriendo su incalificable agresión contra lo pactado, con el absurdo pretexto de que estaban en peligro los enfermos que habían quedado en aquella ciudad.

El General Díaz á pesar de la inferioridad numérica de su tropa detuvo á la infantería francesa, recogió sus puestos y se retiró al fin con el orden más perfecto hasta Orizaba, donde se reunió al General Zaragoza.

Allí volvió el Señor Díaz á tomar el mando de su División marchando hasta el Ingenio, donde se encontraba la División del General Arteaga. En este punto se concentraron las fuerzas mexicanas, en tanto que los franceses ocupaban á Orizaba donde comenzaron á fortificarse.

Al día siguiente Zaragoza marchó para Acultzingo donde estableció su campo.

Pero entre tanto los reaccionarios habían cobrado alientos y reuniéndose las gavillas de Márquez, Cobos, Benavides y otros clericales, formaron un grupo considerable que comenzó á merodear en torno del Ejército mexicano, tanto para ayudar al invasor llamando la atención del General Zaragoza, cuanto para irse aproximando al ejército invasor para ponerse á sus órdenes.

Luego que supo Zaragoza que las gavillas de Márquez amenazaban á Atlixco, ordenó al General Díaz marchase con su División á Tehuacan, donde debía tomar el mando de las Brigadas de Morelia y San Luis para perseguir á los reaccionarios que asolaban el Estado de Puebla.

El General Díaz marchó en el acto rindiendo su primera jornada en Tlacotepec; pero allí recibió orden de Zaragoza para que retrocediera al Cuartel General de éste, porque los franceses avanzaban para subir las Cumbres.

Porfirio se puso luego en movimiento incorporándose á Zaragoza en Puente Colorado: allí el General en Jefe hizo marchar con el ejército á las Brigadas de San Luis y Morelia y situó en el puente al General Díaz con una brigada de Oaxaca, ordenándole defendiera el paso si quiera por dos horas, después de que acabaran de cruzar el puente las tropas nacionales.

El ejército invasor pronto estuvo á la vista y comenzó á ascender por las primeras rampas de la Sierra.

Demasiado conocido es el episodio gloriosísimo de las cumbres de Acultzingo, donde fué gravemente herido el General Arteaga, que con la Brigada de Querétaro disputó valientemente el paso á los franceses: éstos comenzaban á sorprenderse de una resistencia que no aguardaban, ya porque confiaron en las promesas de los conservadores que les prometían la entusiasta sumisión del país entero, ya porque creían que los soldados mexicanos no se atrevían á luchar contra los soldados que se llamaban los primeros de Europa.

Sin embargo, los franceses continuaron ascendiendo, hasta que la batería situada en Cuesta Blanca y la artillería oculta en los accidentes del terreno los obligaron á detenerse.

Zaragoza que había permanecido en el puente hasta que acabaron de pasar sus tropas, se retiró al fin á la retaguardia de éstas encargando al General Díaz mantuviese la posición siquiera una hora más, para hacer imposible que los franceses persiguieran nuestra retaguardia.

Pero el General Díaz hizo más: con su tenaz resistencia obligó al enemigo á hacer alto, disminuyendo la intensidad de sus fuegos, y no una hora sino hasta bien avanzada la noche se retiró, quedando cubierta la cumbre con alguna caballería situada allí por Zaragoza, como puesto de observación.

El Ejército mexicano siguió por el Palmar, Acatzingo y Tepeaca llegando á Puebla el 3 de Mayo de 1862. El ejército francés avanzaba por el mismo camino á una jornada de distancia.

CAPITULO VIII.

Cinco de Mayo de 1862



L telégrafo había comunicado incesantemente al Gobierno los movimientos del ejército francés y Juárez, que en su lealtad republicana jamás ocultó al país la verdad de los sucesos políticos, aun los más graves, publicaba en el acto cuanta noticia venía de Oriente.

La ansiedad de la población de la Capital era inmensa: aún había vitalidad en este pueblo que sentía vibrar en su alma los sentimientos más nobles á las palabras mágicas de Patria, Independencia y Libertad.

Por todas partes se veían grupos animadísimos comentando los hechos, participándose las nuevas llegadas del campo y entregán-